

El supersticioso

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

- **P**ues sí, es la persona más supersticiosa que he conocido. ¿Herencia de su familia? Me pregunta Usted. Pues verá, no sé dar a cabalidad una respuesta a esa pregunta. Algo que me parecía extraño cuando lo visitaba era el hecho de que sus tatas tenían una mata de esas con hojas carnosas y picudas ... ¿Cómo le llaman? Ah sí, sábila, de esas que producen una baba espesa que sirve para la gastritis, que algunos se la embarran en la cara para combatir las arrugas, salvo que las arrugas saben pelear muy bien y siempre terminan ganándole a la tal sábila, ... no se ría Usted, yo antes me la pasaba por todo el cuerpo y mire como estoy, ¡parezco una pasa! ... pues bueno, una de esas matas con todo y raíz, la tenían guindando a la par del dintel de la puerta de entrada, o de la calle, como suele decirse. Según los tatas, la tenían colgando porque es una mata que jala la buena suerte. Aunque también hay gente que tiene de adorno a la nigüenta porque dice que jala plata y nadie se extraña, o cuando se le pasa el billete de lotería por toda la panza al buda, y tampoco nadie dice nada. Son agüizotes de la gente, por costumbre.-

Una interrupción por una llamada telefónica para el señor Jefe Político y luego prosiguió doña Corona su detallada declaración:

-Pues bien, todo lo que le contaban sobre aspectos sobrenaturales lo creía a pie juntillas. ¿Herencia de su familia? No sé decirle con certeza, pero en cierto momento, en que Betillo había viajado a Colombia, les trajo a sus papás un adorno de unos zapatos viejos y rotos hechos en bronce, ya que en Colombia trabajan muy bien las artesanías en ese metal, incluso hacen unas ranas lindísimas con ojos en vidrio verde, toda una maravilla; pero volviendo a nuestro tema, un día un chino llegó y al ver el adorno de bronce, les comentó que los zapatos rotos jalan la mala suerte en las casas. Al irse el chino, también se fueron los zapatos rotos de bronce que los asustados tatas de Betillo le regalaron al chino para desembarazarse de la tuerce. En fin, Usted juzgará, cuando llegó Betillo lo carajearon todo porque la mente de sus padres concibió la idea que él se los había regalado para que tuvieran mala suerte, porque según ellos los odiaba.

Otro testigo, esta vez doña Consuelo, la vecina más próxima a la casa de Betillo, comentó lo siguiente:

-¡Era creyencero hasta la pared del frente! Me contaba mi madre que un día Betillo, cuando niño, salió con una botella de agua bendita que la mamá había guardado desde la semana santa y a chorros se la echaba en la cabeza para que lo dejara el diablo que estaba bien encaramado ahí. Tal vez esto se deba a que el papá de Betillo contaba muchos cuentos de aparecidos. Contó que un día caminaba por la calle del rastro, cerca del cementerio, que en aquella época estaba casi despoblada, y entonces observó por entre la niebla, muy fuerte por aquella época, a dos personajes que se acercaban, llegaron a la cerca de alambre de púas del potrero colindante con el cementerio y los personajes no se detuvieron sino que siguieron y traspasaron la cerca como si nada y para rematar flotaban en el aire. Por tanto, eran apariciones escapadas del cementerio, pasaron cerca de él y en el instante sintió como un escalofrío que recorrió las carruchas de su columna vertebral hasta llegar a su mismo cerebro que al momentico dio la orden a las piernas de salir en un solo carrerón hasta su casa. Pues bien, juzgue Usted. Para mí, Betillo salió idéntico a sus tatas.

Mientras los testigos hablaban y conjeturaban en la oficina del Jefe Político, en la celda, Betillo acostado en su duro camón con los velludos brazos cruzados por detrás de la cabeza, solo atinaba a ver hacia el techo. Mientras tanto, en la oficina del Jefe Político se presentaba otro testimonio.

-Que yo sepa, Ernesto le había prestado una plata a Betillo porque tenía un apuro económico gordo, había perdido dinero en un negocio que le salió chueco. Ernesto me dijo que ya varias veces le había cobrado la deuda y Betillo se enojaba. Me contó Ernesto que un día cuando volvió a cobrarle, Betillo le dijo muerto de hambre, para qué diablos le cobraba si no necesitaba la cochina platilla pues estaba podrido en plata, que solo le cobraba por tacaño y para joderlo, en cambio él no tenía billete para pagarle, y cuando lo tuviera le pagaría para que dejara de molestarlo. Y debo decir que es cierto lo dicho por Ernesto porque yo mismo oí cuando estaban discutiendo aquí en la esquina de la municipalidad, solo que no me vieron ... ¿Por qué no me vieron, pregunta Usted? Bueno porque me asomé a la baranda del corredor de la muni en el momento de la discusión y como Usted sabe muy bien, el corredor está a un nivel más alto que la acera, ahí escuché la discusión; por cierto, estaba el guarda de acá conmigo. La plata, que yo sepa, se la gastó con los amigos en puras tonteras, en comprar cosas para comer mientras veían películas, pues como yo trabajo en el cine, pude verlo muchas veces con sus amigos viendo películas y hartándose de todo lo que vendían en la entrada, desde tosteles, cuñas y hasta chocolates, de esos grandotes y gruesos de la Gallito. ¡Que sí!, el tal Beto es un vago. ¡Nunca trabajó! Unos ratos en el taller del tata, pero bretear en serio nunca lo vi acá en el pueblo. Es lo que puedo contar. ... ¿Que cuándo fui testigo de la discusión? Pues ahí verá. Fue, a ver ... me parece que fue hace una semana, en horas de la tarde casi entrada la nochecita, cuando estaba haciendo una vuelta acá en la muni por un asunto de una construcción que debo hacer, que luego le hablo para que me ayude con lo del permiso.

El pueblo estaba revuelto con la noticia. En todas las bocas el tema de conversación era el hecho que alarmó a una comunidad tan calmada como lo era San Isidro. El único que no decía esta boca es mía era Betillo, solo la abrió para solicitarle al guarda lo cambiara de celda porque en la que se encontraba percibía una presencia que no lo dejaba dormir en la noche. El guarda rural, como rumiando sus propios pensamientos, le dijo que eso iba a estar difícil porque esa era la única celda que existía en todo el edificio. Betillo le pidió entonces una botella con agua bendita, pues solo así espantaba a la presencia que lo vigilaba día y noche.

-Betico nació de por sí enfermizo, ¡el pobre muchachito! Me acuerdo que la mamá lo llevaba a la escuela por aquello que le daban ataques raros, se quedaba así, como viendo algo o como en la luna, quedito como un poste, solo atinaba a mover las manos, para ser exacta sus dedos, los movía como si le picaran.

Un acceso de tos mientras declaraba, obligó a Lola Berreca, la antigua conserje de la escuela, a hacer una pausa mientras le pasaba el ataque de tos, pero luego más tranquila prosiguió: -Muchas veces lo vi así en la escuela, hasta los compañerillos se alejaban porque veían en él alguien extraño, y les daba miedo, muuucho miedo, solo ver los ojos como de lechuzas de sus compañeritos ya adivinaba una que Betico tenía otro de esos raros ataques. ¿Llevarlo al médico? ¡Qué va! Tome en cuenta que en esos tiempos costaba encontrar un médico y menos algún especialista en asperezas de ese calibre...

-Sí, me dijo que lo cambiara de celda, figúrese Usté, contimás ser la primera noche que pasaba en ella. ¿Que por cuál motivo? Pues verá, me dijo algo realmente raro, me dijo ... aspérese pa' apagar el cigarro, puta humo más jediondo, nunca más vuelvo a comprar de esta marca ... si yo sé que's malo jumar pero diay, güevón que's uno. Pero volviendo al cuento, señor Jefe Político, me dijo que lo pasara a otra celda porque en la que está, hay una presencia, no le entendí bien eso de las presencias, pero me dijo que esa presencia lo jodía día y noche, además me lo dijo con tales visajes y me entró como miedillo. Lo vi entre serio y en broma y le dije que yo supiera esa era la única celda del edificio. ¿O hay otra? ¿No, verdad no hay otra, Señor Jefe Político? Pues lo pregunto porque aunque yo trabajo acá, uno nunca sabe, más en un edificio grandote como este. Yo creo que deberíamos arreglar el cuarto donde se echan todos los chunches viejos y acondicionarlo como celd ... Sí, sí, está bien, no se enoje Usté, era solo una sugerencia ... Pues bien, volviendo al cuento, entonces me dijo que le trajera una botella de agua bendita, solo así lo dejaba en paz la tal presencia. Bueno, es lo que puedo decir... ¿Que si se la traje? Pues sí, jui con la botella con agua donde el padre y me la bendició...

Y el señor Jefe Político muy en aquello anotaba y anotaba detalles para luego oír a otro testigo:

-Los familiares vivían en una casa vieja, ubicada en una calle lateral cerca de la entrada al pueblo. Era un caserón de madera, que en su tiempo debió ser de las mejores del lugar. Porque debo decirle, la familia esa tenía lo suyo. Grandes fincas, una de ellas era donde está ahora esa fábrica, esa donde hacen alfombras, no me llega ahora el nombre. Otra que se vendió hace un tiempo es donde está ahora esa barriada de chusmilla... ajá esa... pues bien, un día, éramos chamacos y estábamos haciendo sin hacer realmente nada, me contó que debajo del piso

de la casona, había un hueco, entonces le entró curiosidad y trajo un palo largo y lo fue metiendo y metiendo y no tocó el fondo. Entonces se agachó, o se tiró de panza y metió la mano, y para qué lo hizo, al momentico se la agarraron con una fuerza, para qué le cuento ... empezó a jalar y jalar pero nada, no lo soltaban, siguió jalando hasta que logró soltarse y cayó de fondillo, se levantó como alma que lleva el diablo, pegó la jupa en las basas y salió despavorido de debajo del piso de esa casa. Dice que al tiempo se enteró que habían matado a un güila y lo habían enterrado en el sitio donde los papás de sus abuelos construyeron la casa ... ¿Que quien mató al güililla, me pregunta? Pues nunca supo, posiblemente eso ocurrió cuando San Isidro aún se llamaba la Arenilla.

Y los testimonios seguían, y van historias y más historias, mientras tanto el pobre de Betillo hartó de la celda, hartó de todo, al punto que el centinela apenas tuvo tiempo para bajarlo de la viga del techo donde se estaba ahorcando con la sábana del camón. Cuando llegó ya se estaba poniendo morado. Esto naturalmente preocupó al Jefe Político que seguía recabando pruebas por el crimen de Ernesto a manos de Betillo, según cuentan los testigos de ese hecho. Pero Betillo se negaba a hablar.

-¿Que cómo ocurrió? Pues ahí verá. Yo estaba con unos compas, allá en el barrio. En eso que vemos a Betillo con unos amigos y se le va acercando Ernesto a cobrarle la plata que Beto le debía. En eso vemos que empiezan a conversar tranquilamente y entonces bajamos la guardia. Pero luego oímos al Betillo decile a Ernesto que sí, que ahí lo tiene, que no se le baja, que se mueva y Ernesto a moverse de lo lindo, sobre todo la jupa. Si parecía que se sacudía algo de encima, parecía un perro acabao e'bañar. Incluso, algunos vecinos comenzaron a asegurar que sí, que tenía todavía aquello encaramao en la jupa, o mejor dicho en los hombros ... ¿que por qué decían eso los vecinos? Pues Usted debe saber lo que dice el dicho: un loco hace ciento ... Pues bien, mientras Ernesto convenció que tenía algo encima se movía de lo lindo, vimos a Betillo con un mero garrote de esos de güitite que don Cosme había cortao de la cerca que estaba muy enmontada ... sí, disculpe, vuelvo a lo que vinimos... Vemos que agarra el palo de güitite ... ¿Que qué grueso tenía? Pues como así, ¡bien galano! Y se lo dejó ir con todo el alma por medio de la jupa y solo vimos a Ernesto caer pataliando y un gran charco de sangre se extendía por la calle. Todos nos quedamos pasmaos, salieron los familiares y lo vieron tieso, bien muerto, y empezaron los gritos y los desplantes, las hermanillas gritando cada cual más fuerte pero no vimos más a Betillo. Fíjese que lo fueron atrapando por ahí en Rancho Redondo... ¿Que si lo mató en el acto? Pues al parecer el garrotazo fue tal que suponemos que lo despachó pal otro potrero ahí nomás, porque cuando llegó la angulancia que fue al momentico, Patico no se había terminao de apiar de la angulancia y con solo velo dijo que ya estaba expirado.

Betillo estaba en bata blanca, sentado en una pulcra cama, también blanca. Frente a él un galeno de blanco le hacía preguntas y más preguntas sobre su vida, sus creencias, su vida familiar, en fin espulgando su conciencia para sacar alguna blanca conclusión de ese enredo mental que era el tal Betillo, el asesino

de Ernesto. No sabían qué hacer con Beto. Era el autor del crimen, pero por sus antecedentes, y además no mostraba ser muy cuerdo que digamos, según reza el informe del señor Jefe Político de San Isidro, se llegó a la conclusión que Betillo había tratado de salvar a Ernesto del diablo que lo tenía bien agarrado por el cuello y a falta de una botella de agua bendita usó un garrote. Y en vez de rajarle la cabeza al diablo se la rajó al pobre de Ernesto. En fin, concluyeron que Beto debería pasar unos meses en el hospital psiquiátrico en observación y según fuera su comportamiento podría salir libre para engrosarse a la sociedad de su pueblo.

A nosotros nos llamó mucho la atención este caso, por eso ocultos en el anonimato visitamos a Beto. Estaba más gordo y alentado que antes, claro, se la pasaba contando anécdotas con los internos, viendo televisión y durmiendo hasta el mediodía como solía hacer siempre. ¡Se veía tan normal! Logramos escuchar que uno de los internos le decía que se sentía agobiado porque tenía un alma en pena dentro de su cuerpo y no sabía cómo quitársela. Beto le contestó, con tedio y con una sonrisa mitad de burla mitad desdén, que no fuera creyencero, que eso no existía, que lo dejara en paz, que no fuera loco, que usted ya está muy grande para creer en esas cosas.

El psicótico

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Le sirvieron el almuerzo. Juan se aseguró de que le hayan traído todo lo que ordenó: carne en salsa con hongos, una ración de arroz blanco y de frijoles sin caldo, una ensalada verde con un poco de verduras y un vaso con agua. Todo estaba en su lugar. Todo estaba bien, podía empezar a almorzar. Con una meticulosidad exasperante cortó un trozo de carne, la llevó lentamente hasta su boca y ... <Esa doña me está observando> ... Una gorda y despampanante señora observaba hacia donde él se encontraba. <¿Qué será lo que me ve? >, pensaba. Se puso nervioso. La forma en que la doña se metía los alimentos y los masticaba permitió que la percibiera repulsiva, entonces la odió por estar viendo lo que no le importaba, pero ¿qué sería?

Sentía una gran congoja, además la cara empezaba a quemarle, sentía las mejillas completamente calientes, estaba rojo, posiblemente un rojo encendido, pues era una reacción muy común ponerse como un tomate cuando estaba en una situación similar; de hecho, en el colegio los compañeros le atinaron con el apodo de chanchito de barro. <¿Qué diablos me está viendo? ¿Tendré la nariz sucia? > Se levantó y fue directo al baño a ver su afilada nariz en el espejo. <¡No! No tengo nada malo, es una bonita nariz, además está limpia>. Observó con más detalle su imagen y no tenía nada malo. Volvió a su mesa y siguió almorzando. La doña seguía dirigiendo su mirada hacia donde él estaba. Esto le molestaba terriblemente. ¡Ya no sabía qué hacer! Estaba completamente desesperado. Hasta que se dio cuenta de que realmente la doñita estaba viendo al camarero y lo estaba llamando. Se calmó. Respiró hondo, no sin cierto rencor por la doña que lo perturbó al extremo y volvió a llevarse el trozo de carne a la boca. Lo masticaba lentamente, se podría decir que con placer. ¿Sería acaso que se imaginaba a la doña esa siendo triturada por sus vengativas muelas?

Tomó un sorbo de agua y colectó unos frijoles, pero bajó el tenedor porque le molestaba algo en el cabello. Se pasó rápidamente la mano por el pelo, pensando que un bicho estaba caminando por su cabeza. <¡Qué pena! Espero que no me estén observando>. Pasó una disimulada y rápida mirada y pese a que todo el mundo estaba en lo suyo, conversando, viendo el televisor, llamando por teléfono, hablando con el camarero, por allá un jovencillo disimuladamente cogiéndole y sobándole la gruesa rodilla a su acompañante, concluyó que sí lo observaban. <Debo tener algo raro en el pelo; pero ¿qué será? > Se pasó nuevamente la mano por el cabello varias veces, pero no sintió nada raro, ni siquiera palpó patas que pertenecieran a algún nauseabundo bicho que se hubiera despanzurrado en su cabeza, así que decidió seguir almorzando.

Al rato llegaron tres muchachas y ocuparon la mesa contigua. Hablaban y constantemente se reían. ¡Se reían mucho! Esto lo puso incómodo. <¿De qué demonios se reirán? ¡Una de ellas me está mirando! > Otra vez su blanca tez empezó a tornarse colorada. Le ardía, sentía que su cara se asaba a fuego lento. No sabía cómo moverse, tomaba los cubiertos como un robot, se le caían, masticaba y el bolo alimenticio le bajaba como si tuviera alfileres. Volvió la vista hacia el grupo de muchachas y una de ellas le enfrentó la mirada, a lo que rápidamente se la apartó y continuó comiendo, pero más que comer, tragaba los bocados, que ahora por la congoja los tomaba en raciones enormes. Terminó de tragarse los alimentos, y solicitó apresuradamente la cuenta.

En el ínterin para que el camarero llegara con la cuenta, no sabía a dónde ver, donde fijar la mirada. ¡Estaba inquieto! Llegó la cuenta y ni siquiera la miró, sacó apresuradamente la tarjeta y la cédula y se la entregó al camarero quien le obsequió con una sonrisa. <¿De qué putas se rio? ¿Qué diablos tengo? ¡No! Juan, a calmarse>, se decía. <Tienes que controlar otra vez esos nervios de punta. Ya te dijo el doctor que cuando empezaras a tener estas situaciones lo mejor es pensar en otras cosas, cosas agradables>. El camarero tardaba. <¿Por qué tardará tanto? > Disimuladamente empezó a revisarse los bolsillos. No tenía ninguna moneda ni billetes. <¡Qué torta! Es capaz que el puto sistema del Copular está

caído. Si así fuera, qué humillación que me digan que la tarjeta está rechazada. Van a creer que no tengo dinero en la maldita tarjeta. Pero, ¡sí tengo dinero! pero ellos no lo van a saber y voy a quedar como un limpio, o lo que es peor como un fresco>. Empezó a transpirar y otra vez sintió que la cara se le abrasaba. La gente cercana a su mesa conversaba, tomaba, reía. Se veían tan normales. <¡Hipócritas!> Las muchachas de la mesa contigua seguían charlando animadamente y riendo a carcajadas. <Parecen tontas. ¿Nadie les habrá enseñado que cuando se mastica no se abre la boca para que todo el mundo vea el bolo alimenticio donde baja mansamente por el galillo? ¡Cochinas más grandes!>. Pero no dejó de pensar que era de su humanidad de quien se estaban burlando. <¡Las grandes zorras! Deben ser los zapatos. ¡Estarán sucios!>. Se los vio rápidamente y brillaban alegremente. <Claro, debe ser que nunca han visto a alguien con los zapatos bien limpios, brillantes e impecables como los míos>. El camarero se acercaba sumamente misterioso. <¡Sí! Claro, por variar la cabrona tarjeta no pasó. ¡Me lleva la trampa! Ahora estas viejas se van a burlar de mí más de lo que ya han estado haciéndolo. ¡Cabrón banco!>. Llegó el camarero y le entregó el tiquete para que lo firmara.

Bajó las gradas y empezó a tranquilizarse. <Qué tontería preocuparse por todo, ya me lo dijo mi médico, que no me preocupara. ¡Estoy tranquilo! >. Siguió caminando y se sentía la quinta esencia de la tranquilidad. ¡El señor Tranquilidad personificado! ... <Algo me cayó en el pelo. ¡Sí! Sentí algo>. Se pasó la mano por la cabeza pero no detectó nada especial. En ese momento llegaba a la parada de buses en el instante en que el bus arribaba a ella. Se montó, pagó, caminó hasta la mitad del bus y observó que no había campo en el asiento trasero, <maldita sea, tendré que sentarme a la mitad del bus>. ¡Tranquilo! Se puso a observar el paisaje. <Espero que no tenga cochinas atolladas en la suela por aquello de no ser la atracción de la gente>. Por un si acaso, se puso a observar disimuladamente los zapatos para inspeccionarlos detenidamente. <No, afortunadamente no hay nada malo en ellos>. Siguió tranquilo. Pero después de algún tiempo empezó a inquietarse. Sintió cientos de ojos que se posaban en su nuca, los sentía como clavos calientes en su cuello. <Creo que me ven los de atrás>. Sigilosamente se volvió para observar, pero la gente estaba en otras, viendo por la ventana, con la vista fija en un punto distante, una señorita leyendo, varios manoseando el celular, una parejilla en un puro besuqueo, en fin nada especial. No obstante, se imaginaba los ojos de la gente clavados en su nuca. Se empezó a inquietar, comenzó a sentir los chorros de sudor bajar por el centro de su espalda y resbalar hasta el canal... bueno, hasta ahí abajo. Otra vez la cara empezaba a enrojecerse como un chanco de barro.

<¿Será que tengo cuita de pájaro en la cabeza, o alguna cochinada por el estilo? ¿Será que algún cabrón me atolló el chicle en la cabeza o en la ropa? ¿Será, diablos, que llevo el pantalón roto y se me ve todo el calzoncillo? ¿De qué color lo traigo? ¿Espero que no sea el rojo encendido, pues el color del pantalón lo hace resaltar. ¿Pero qué será? > ... Esta vez no tuvo empacho en volver a ver directamente a los ojos de los pasajeros que se sentaban en filas detrás de la de él. <Sí, debo tener algo. Disimulan los malditos, solo para hacerme sufrir, los muy cabrones.

Es posible que un malvado pajarraco se cagó en mi celeste camisa y su caldo está bajando como catarata de mierda por mi espalda ... ¡Qué vergüenza! ...>

Se levantó rápidamente y antes de que el bus parara se lanzó frenéticamente. La gente gritó alarmada, el bus paró abruptamente y el chofer todo enfadado se bajó, gesticulando y diciendo terribles palabrotas contra el imprudente que se bajó de esa manera del bus. Pasó una semana y ahí tenemos a Juan, todo vendado, con la mano derecha levantada, en un similar gesto de saludo al führer. Todavía le ponen calmantes para el dolor, pues el golpe en la cuneta y el rebote en un nissan del año fue suficiente para quebrarlo y tenerlo casi enteramente enyesado en una cómoda cama del hospital. Estaba aburriéndose mortalmente y llega la hora de la visita. Empezaron a llegar personas a ver a sus seres queridos u odiados, lo cierto es que se empezó a sentir inquieto. Un jovencillo se le quedó mirando fijamente, no le apartaba la mirada. <¿Qué será lo que me ve ese melquetrefe? Demonios, y esa vieja de la esquina se me queda viendo también, diablos, será que me dejaron la pipi fuera del yeso ... ¡Oh, por Dios! >

La luz de muerto

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

En Moravia, en el bajo de la cuesta del camino hacia San Rafael, donde hoy está el estadio, había una ciénaga y muchos sauces a ambos lados del sendero, actualmente asfaltado, pero en ese tiempo era casi un trillo de tierra. Se decía que una luz empezó a aparecerse por el lugar y se movía a través del camino por lo que los vecinos, asustados, evitaban pasar por el sitio después del crepúsculo. En San Vicente, el asunto empezó a tomar visos de noticia, y se corrió la voz que por el camino a San Rafael aparecía una luz de muerto. Se hablaba del suceso con cierta curiosidad y temor. A mi abuelo Talí le interesó el asunto, pues en aquella época él se había involucrado a fondo en cosas de espiritismo y ocultismo. Una noche, los vecinos observaban la supuesta luz, y hacían comentarios y conjeturas y llegaron a creer que había una botija enterrada en las inmediaciones de donde la luz se movía. Además, hubo muchas

suposiciones sobre la identidad de quién pudo ser el que enterró una botija que motivara a su autor a volver de la tumba a cuidar el dinero enterrado.

Entre el grueso de los vecinos destacaba la figura pequeña y desgarrada de María Durán. Decía que iba a meterse al potrero para hablar con el ánima y que le dijera el sitio donde estaba enterrada la tal botija. María Durán tenía varios negocios en San Vicente, uno de ellos era una carnicería esquinera, justo donde los buses que hoy vienen repletos de gente de San Jerónimo, La Trinidad y San Antonio de Coronado dan la vuelta para tomar la calle que pasa detrás del templo de San Vicente. Venía preparada con una botella con café bien fuerte y caliente para darle ánimos cuando parlamentara con el ánima en pena, además de una botella con alcohol, por aquello de un desmayo. Y muy en ello, María Durán se arremangó los chingos y se metió al potrero y se empezó a acercarse a la luz diciendo constantemente *—si es dinero conmigo, si son problemas con otro—* y los vecinos con el corazón en la boca del suspenso que flotaba en esa oscura noche moraviana. La perdieron de vista y solo se escuchaba la cantinela *—si es dinero conmigo, si son problemas con otro—*.

Seguían comentando en corrillos sobre la posible identidad del fulano que enterró la botija que ahora conmociona al pueblo. Los chiquillos corrían y chiroteaban de lo lindo por la calle, ajenos a la novedad que congregaba a todo el vecindario, pero eso sí, sin meterse ni a palos en el dichoso potrero; de por sí, esos asuntos de almas en pena y de dineros enterrados no les interesaban. Ya levemente se escuchaba la cantinela de María *— si es dinero conmigo, si son problemas con otro- -si es dinero conmigo, si son problemas con otro- -si es dinero conmigo, si son ... ay, aaaay, Ave María, Talisillo, auxilio, Talisillo, me agarró el muerto, auxilio ...*. A los gritos, los vecinos todos asustados y en un puro temblor corrieron potrero adentro, en pos de mi abuelo, a ver qué diablos le había ocurrido a María. Uno de ellos tenía una linterna para alumbrarse y van encontrando a María bien esparrancada en el suelo. Mi abuelo Talí le frotó la nuca con alcohol y logró hacer volver de la tierra del susto a la pobre vieja que empezó a decirle, *-Ave María, Talisillo, Talisillo, el muerto, me agarró el muerto, Talisillo, sálveme-*. En eso estaban cuando mi abuelo observó en la cara de la asustada viejecilla una gran tela de araña enredada y aún bailando en las fibras de la tela una gran luciérnaga que hacía lo posible por desasirse de tal amasijo. De la araña, ni el cuento, la pobre quién sabe dónde fue a escorar. Todo el negocio se convirtió en risas, incluso la misma María, después de un café bien fuerte y bien caliente, se reía del chance de haber sido una humilde luciérnaga la que esa noche asustara a tantos vecinos de Moravia.

Sin embargo, el cuento de la luz de muerto siguió sonando en el centro de San Vicente. Mi abuelo intercedió por los vecinos quienes le pidieron el favor de hablar con la luz porque ya no tenían gusto del miedo que sentían, además ya sabían que el viejo le hacía a eso del espiritismo. Una noche, mi abuelo se metió en el potrero a seguir la luz que se iba moviendo y lo iba llevando cada vez más adentro en el potrero. Hasta que mi abuelo le empezó a hablar a la luz increpándola porque no dejaba en paz a los vecinos de las cercanías, pues las cosas se arreglaban cuando uno estaba vivo, siempre pensando en que era un mero

asunto de dinero el que alentaba al ánima a salir de su tumba fría. Empezó a sentir una helazón por todo el cuerpo, y al momento escuchó una voz que a su vez le increpaba por qué se metía en asuntos que no le competían. Se enteró de que el ánima estaba purgando el crimen de un niño a quien le había cortado la cabeza, la que había enterrado donde están los sauces y el resto del cuerpo en el terreno de enfrente. Por eso ese constante vaivén a ambos lados del camino.

Contaba mi abuelo que eran tres días sin dormir en paz, pues veía la dichosa luz a la par de su cama. Llegó al punto que mi abuela se levantaba para darle café bien caliente pues el hombre se mantenía asustado y todo helado. Después de esos tres días dejó de ver la famosa luz a la par de su cama. Para qué decir que mi abuelo dejó de interesarse en cosas del más allá. Decía ¡qué carajos hacía él, hablando con un muerto y enterándose de cosas que solo incumben a las justicias celestiales!

No obstante, después de ese episodio, nadie volvió a ver la famosa luz de muerto que asustaba a los caminantes quienes por fuerza tenían que pasar por esa calle y de noche hacia el barrio de San Rafael de Moravia.

La mano virgen

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

C aía la tarde y el cielo puro, azul de verano, motivaba para contar historias olvidadas en el baúl de la mente, sacudirles el polvo del tiempo con el fin de transportarse a épocas no mejores que esta pero sí más cándidas. Una noticia en la televisión sobre ahorros y tasas de interés en los bancos estatales motivó a recordar una vieja historia que me contara mi padre, allá en la mañana de mis años.

San Antonio de Coronado por esos tiempos era puros cafetales, extensos potreros y descampados enormes. Esparcidas acá y acullá existían algunas viviendas, la mayoría en madera y distribuidas a lo largo de la calle principal que comunica San Isidro con San Vicente y apenas tenía solo una vía. Fue en mi barrio, si se le podía dar tal nombre, donde transcurrió la historia.

En esas noches oscuras sin luz artificial, se podían ver las tintineantes estrellitas de las luciérnagas bailoteando por doquier. En tiempos de mayo los abejones eran tantos y volaban por todo lado y de torpe manera, que uno tenía que andar con la boca cerrada a fuerza de no tragarse uno de esos redondos bichos. No había alumbrado público y la gente sin más distracción que la radio, se dedicaba a rasgarle el velo a la noche para ver qué ocultaban sus tinieblas. Así, no era raro que la gente diera rienda suelta a su fantasía y viera en los potreros, cafetales, puentes, ríos y todos aquellos misteriosos rincones luces que identificaban con almas en pena, la gente las llamaba luces de muerto y, según las descripciones, era una luz grande que aparecía y se movía, como en un vaivén, en el sitio donde supuestamente una botija fue enterrada por el hoy occiso que vela por ella. Algunas de ellas no era raro verlas surgir de las tumbas de los cementerios, que ahora sabemos son conocidos como luces de San Telmo, y lejos de explicarse como almas en pena se deben a fenómenos físicos plenamente identificados desde hace mucho tiempo. Pero en esos tiempos donde la gente aún no perdía la fantasía, decían ser luces que aparecían donde estaba enterrada una botija que era una enorme vasija de barro rellena de monedas de oro y otras riquezas guardadas por tacañería o por la razón que fuera. Luego el dueño moría y su alma arrepentida volvía del más allá para indicar el lugar donde en vida ocultó su riqueza.

Por ese tiempo existían fulanos que perseguían esas luces para dar con la botija, generalmente oculta dentro de gruesas paredes de bahareque o adobes o bien, oculta en las raíces de grandes árboles de higuierón, guapinol o de poró cerrado que daban sombra a los gigantescos cafetos arábigos de los cafetales de mi pueblo. Los viejillos encargados de buscar esos tesoros, andaban siempre atentos a los comentarios de la gente sobre esas fantasmagóricas apariciones, con el fin de buscar en el día la famosa botija. Era el caso de Moncho, un viejecito flacucho, medio encorvado, agricultor aficionado a buscar ese tipo de riquezas. Pero también le gustaba darle largas a la lengua, pues siempre en el corredor de la casa de Moncho se pasaban hablando sobre los tiempos idos. El viejo de Polo, un hombrón alto y fuerte como un toro, pies descalzos y enormes, posiblemente era de los viejos que se lavaban los pies con pedazos de teja, pues tenía unos callos en la planta de los pies de muy padre y señor mío; luego Chepe, un vejete completamente encorvado vendedor de verduras y flores que llevaba a San Isidro en un carretón enorme, y otros compañeros de juergas del Coronado viejo. Al pasar por su casa era casi de esperar ver a todos ellos en franca tertulia, rascándole la barriga al saco de los recuerdos.

Moncho tenía la idea de que cuando se encontraba la tal botija, quien debía meter la mano para sacar el oro era una mano virgen perteneciente a una casta, pura, virginal y angelical muchacha, de lo contrario el oro desaparecía o se convertía en caca de la más hedionda. Por esa creencia, cuando desenterraba botijas lo ayudaba su hija Chila, quien por esas épocas apenas sería una virginal adolescente.

De un momento a otro se corrió el rumor que por el cafetal de los Tournón aparecía una luz de muerto y se balanceaba misteriosa cerca del palo de poró que sobresalía en la finca. —¡Sí, Monchillo! Dicen que es enorme y se balancea muy

fuerte. Además, dicen que entre más grande sea la luz, más galana es la botija – le vino con el cuento el viejón de Polo- y Moncho aprovechaba para desenterrar un verdadero tesoro.

Ni lerdo ni perezoso, Moncho puyó a Chila para revisar en la noche el famoso cafetal para conocer el sitio exacto donde aparecía la luz. Pero esa noche ni la siguiente ni la tras siguiente tuvieron suerte. La luz se emberrinchó y no hizo acto de presencia. Fue el mismo Polo quien muy interesado en el asunto, le señaló el sitio exacto donde hace un tiempo logró verla. Moncho frotándose las huesudas manos se hacía ilusiones pensando en la cantidad de monedas antiguas de puro oro que pudiera encontrar. Pensó en llevar un gran saco de gangoche, pues calculaba que la tal botija era muy grande por el tamaño de la luz que había visto.

Un día ya tarde salió Moncho acompañado por Chila en busca de la tan ansiada riqueza. Se arrodajaron en las raíces del poró a tomarse un jarro de café caliente para calentarse de los fríos de Coronado. Buscó el sitio señalado por el viejo de Polo y empezó a volar pala como si estuviera haciendo un hueco para sacar una raíz de chayote. Al momento dio con algo duro, entonces dejó la pala y empezó con la cuchilla a escarbar en torno al objeto que se adivinaba era redondo, lo fue sacando a la luz y se dio cuenta de que era una vasija de barro cubierta con unas hojas de plátano. –Chila, Chilita, la encontré. Chila, la botija, y es galana, como nos dijo Polito. Chilita, mi'jita, voy a sacarla.

En un solo esfuerzo logró sacar la vasija que depositó en el suelo con un cuidado como si se tratara de una mina de explosión instantánea. –Ahora sí, ya la tengo-. Se levantó para descansar. –Ahora sí, mi'jita, destapala y rápido meté la mano para sacar todo el oro que tenga, mientras tanto voy a abrir el saco.

Va Chila, sumisa como siempre haciendo caso a su padre, quita la envoltura de hojas de plátano y mete la mano. Pone una cara de extrañeza, la saca y estaba toda atollada por una clase de caca tan hedionda que parecía como de chancho. Volvió a ver a su papá con cara de susto en ayunas y dijo acá es camino y salió en una sola carrera para su casa. Moncho se quedó de piedra digiriendo lo ocurrido. Su hijita ya no tenía la mano virgen, la muy....

Salió en un solo carrerón persiguiendo a su hija con el fin de meterle una fueiteada de esas buenas. Se detuvo jadeando pues no estaba acostumbrado a correr, mientras pensaba. Tan modosita Chilita ... pero ni novio le conocía ... nunca salía de la casa si no iba con la hermanilla. Para el turno grande tampoco llegó tarde a la casa. ¿Pues qué será? ¿Cuándo habrá ocurrido? Llegó a la casa con el saco de gangoche lleno de dudas y entró como un huracán a buscar a Chila que estaba en la pila lavándose las manos aún hediondas a caca. Verlo Chila y se puso a gritar de lo lindo. Pero acá se corta la narración, pues no sabemos qué sucesos ocurrieron después, suponemos se formó la pelotera hasta que se aclaró el entuerto, porque fue el malvado de Polo, quien se desgajaba de la risa, por la broma al creído de Moncho, justamente para que dejara de creer en esas cosas y dejara de pensar en los milagritos de las manos vírgenes y angelicales que sacarían cuantiosas cantidades de oro de una botija enterrada por manos no tan angelicales.

La partera del pueblo

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

A doña Miriam Elizondo, la partera de Tres Equis.

Amaneció, y un manto blanco cubría el pueblo. La neblina lo borraba todo a no más de diez metros de distancia. En esa época del año las mañanas eran similares después de diluviar la noche entera, como es común en la vertiente caribeña. El frío no se hacía rogar y se metía en las humildes viviendas de los campesinos que no se decidían a salir al campo a la jornada diaria.

Pese a la reinante y espesa neblina de esa mañana, se adivinaba un borroso bulto que se acercaba por el encharcado camino que comunica Chitaría con el naciente poblado de Tres Equis. Más allá la montaña agreste se extendía hasta los bajos de Siquirres y hacia el caudaloso río Reventazón que rugía a lo lejos, salpicada acá y allá por abras de pastizales para el ganado que se criaba en la hacienda.

Y el bulto avanzaba por el encharcado camino. Al acercarse se dibujaba la figura de un apuesto chaval como de doce a catorce años que corría como alma que lleva el diablo que casi costaba ver cuando sus desnudos pies tocaban el suelo. El chaval se detuvo en el ceibón para otear las escasas viviendas del pueblo y orientarse según las señas que le dieron. Tenía la camisa de manta pegada al cuerpo por el recio sudor, que en cascadas aún chorreaba por su piel. Una insolente gota de salado sudor se le metió en los ojos, lo que hizo que se los restregara con la palma de la mano. Una vez hubo recuperado aire se puso en tres zancadas frente a la casa más antigua. Una vetusta casa de madera, más larga que ancha y con un pequeño corredor donde existía un escaño de cedro, ya lullido por el tiempo. Dudó un momento pero finalmente venciendo su timidez campesina, subió las tres gradas y tocó violentamente la puerta.

-¡Doña Miriam!!!! ¡Doña Miriam!!! ¡Mi mama la necesita urgentemente!!!
¡Salga, por vida suya!!!

Sale una señora bajita, como de cincuenta años, secándose las manos con el delantal que la protegía de los tiznes del fogón del fondo.

-¡A ver, qué es el escándalo! ¡Condenao galillo de muchacho! Esos gritos se escucharon hasta Bonilla. ¿Qué querés a esta hora de la mañana?

-Es que mi mama está pa'parir y la necesita. Mi tata no sabe qu'hacer. ¡Está todo atarantado, como loco! ¡Con decile qui'ba tapan la botella de café con un pedazo de teja!

-¡Seguro que no! Los hombres son unos jelados. ¡Carajo! ¡Pa'cerlos sí sirven los grandes conchudos. Pero no pa'yudar en la venida del carajillo! Bueno, espérese ahí mientras voy a buscar los tiliches que debo llevar y a uno de mis hijos pa'que me lleve en el yip.

Doña Miriam era la partera del pueblo. Bueno, realmente era la partera de todos los pueblos a la redonda. Nacida en Santo Domingo de Heredia, heredó el oficio de partera de su abuela y de su madre, quienes le enseñaron los secretos de la obstetricia y era la salvación de todas aquellas mujeres que por la lejanía o la falta de dinero les costaba llegar a los centros hospitalarios para que fueran atendidas. Las parteras eran toda una institución en las zonas rurales del país.

-¡Qué fue la cosa, Juanita! ¿Ya en trabajo de parto?

-¡Qué salvada que llegó doña Miriam! ¡Tengo unos dolores! Y el pobre de Luis dando vueltas por el rancho y no sabe ni qué hacer. Lo que atinó fue enviar a Luisillo pa'mandala llamar.

-¡Pendejos, maricones! Los hombres no saben otra cosa qu'encaramase y nada más. Pero se vuelven como locos cuando el carajillo va a nacer.

-¡Ay, doña Miriam y sus salidas!

-¡No! Sí es muy cierto. ¡Así es el viejo mío! Allá donde vivíamos, en Plataniello, por el lao del volcán, el viejo se puso todo atarantao cuando tuve uno de mis carajillos. ¡No atinaba qué hacer el pendejo!

-Ay, doña Miriam más ocurrente. ¡Uuuy, otro dolor! Siento más dolores que en los otros partos.

-Vamos a ver qué se puede hacer. Voy a calentar una olla con agua.

-Estoy toda asustada, porque allá en el Allen de Turrialba me dijeron que el parto iba a ser de lo más fregao, porque la criatura está sentada. Me dicen los dautores que cuando el carajillo viene sentao es muy peligroso. Pero diay, Luis no tiene la plata pa'ir a San José al hospital y...

-No se preocupe, Juanita. He traído al mundo carajillos que vienen de fondillo. Esos médicos se asustan por todo. Es que saben mucho de la teoría, pero de la práctica están perdiditicos. Además son unos choyaos, porque cuando el parto es difícil me llaman pa'que les ayude!

Empezó a masajear el vientre de Juanita, sintiendo con el tacto la conformación del cuerpecito del bebé, hasta que como a la hora de masajear logró volcar el cuerpecillo del niño para que naciera de cabeza. Y Juanita empezó a pujar y quejarse mientras que fuera del rancho Luis, Luisillo, aún cansado del carrerón y los demás carajillos seguían con el credo en la boca por el susto, pues habían dicho los médicos del Allen que el parto era peligroso. Mientras tanto, Ricardillo, el mocosillo más chiquillo de la prole, como no sabía aún de sustos y carreras se entretenía con una hedionda cuita cuchita de las pujientas gallinas que pululaban por el cerco.

Empezó otra vez a llover y todos los que estaban fuera del rancho corrieron a la troje a medio refugiarse, pues el viento empujaba los gruesos goterones y mojaba la leña y de paso a sus asustados ocupantes. Un trueno se dejó oír por el lado de Peralta y al mismo tiempo un llanto largo quedó enredado en la espesa neblina del mediodía.

-Ahora sí, Juanita, fue una chacalincita, le voy a cortar el ombligo y a cauterizar con esta candela bendita... Ahora sí, dele el pecho pues debe estar muerta de hambre... Voy a llamar al pendejo de Luis...

Llega Luis a saltos y se planta frente a su mujer como si fuera un padre primerizo. No atinaba sino a ver y sonreír, sonreír y ver, con unos ojos tan grandes y redondos como pesetas nuevas. Estaba así como ido, plantado como una estaca de la cerca.

-Doña Miriam, ¿es una chiquita?

-¡Acaso le ves el tirimbín! Pues claro que es una carajilla, y está alentadilla la confisgada.

Fue en ese instante que Luis tomó a su nueva hija con sus rudas manos de jornalero. La niña se perdió en esas manazas grandotas, temblonas, que difícilmente sabían acariciar, solo trabajar duro para llevar el pan a su rancho cargado ya de güilas, pues iba ya por la media docena.

-Vea Juanita, acá tiene el ombligo, más adelante lo puede enterrar pa' que la chiquita no tenga mala suerte.

-Yo tengo los seis ombligos bien guardados. Pero si quiere los entierro acá, de por sí es terreno propio.

-Oh doña Miriam más creyencera!

-Ehhh, y a este jelado de Luis, ¿qué le pasa? Se lo digo pa' que no cometa la tontera de las madres modernas, que sacan no sé de dónde ideas raras. Figúrese que hace como quince años traje al mundo dos chacalincillas, allá por La Central. Dos mujeres amigas mías, una se mejoró un día y la otra como a los tres días después. Les dije lo mismo. Que enterraran los ombliguillos, pero se les ocurrió llevarlos al puerto y lanzarlos al mar.

-¿Y eso, por qué?

-Diay, ahora se tienen ideas nuevas, no me supieron mentar el motivo. Dicen que pa' que el agua les diera buena suerte. Fue una idea nada más.

-¡Esas son puras imaginaciones y creyencerías raras!

-Bueno, usted puede creer lo que quiera, Luis. Pero escuchen lo que les voy a contar. Hace poco, como un año, las carajillas esas que traje al mundo en La Central se fueron a nadar al Reventazón, y una de ellas se metió primero pero la jaló la corriente del río, entonces la otra la trató de sacar pero la correntada se la llevó, pues la primera era más macuca. Las fueron encontrando como a los dos días por el lao donde le cae el río Torito al Reventazón.

Silencio sepulcral. Y volvió a la carga doña Miriam.

-Fue una salazón. Pobres madres. Le mandaron tuerce a sus hijitas. Por lanzar los ombligos al mar el agua las reclamó mucho tiempo después.

Como a las cuatro de la tarde llegaba doña Miriam a Tres Equis, cansada pero satisfecha de traer al mundo otra vida. Al fondo, a un costado del templo, como viejo centinela, se alzaba orgulloso el gran ceibón que saludó a doña Miriam con un movimiento suave de sus altas ramas. En su grueso tronco y marcadas en su corteza se observaban tres equis, las que dieran nombre al pueblo. Se alegraba por haberle sacado los secretos a su abuela y a su madre. Al fondo, algunos vecinos se afanaban en las labores de marcar el terreno con el fin de

trasladar a los vecinos del cercano pueblo de Pacuare que fue afectado por un enorme deslizamiento que prácticamente demolió las viviendas. La brisa acariciaba el rostro y movía parsimoniosamente las ramas de algunos cedros que sobrevivían en el potrero de enfrente. Con ojos cansinos volvió a ver el cielo. Estaba diáfano, sin nubes, con un tono celeste claro, el este ya estaba despejado. Mañana estará averanao, pensó-. Se puso el delantal y se dirigió a la cocina a preparar la comida para su familia.

Volutas en el aire

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Volutas que gráciles flotan en el aire.
Son fantasía en cámara lenta.
Volutas que juegan, flotan, se contorsionan y bailan en el tibio caldo de la tarde. Juegan y se entrelazan creando mágicas formas que estimulan la imaginación. Volutas que ascienden y se contorsionan sin cesar. Estimulan al espíritu para que este, tímido, salga también a jugar.

Extiende un dedo el hada de las volutas al espíritu del racional Filiberto.
¡Ven! Ven, sal y ven, ven a jugar con nosotras.

¡Ven!

Ven a flotar. Sé parte de nosotras.

¡Ven!

¡Ven! Diluyámonos en el éter de los sueños. Pero no, el espíritu de Filiberto era muy racional para transformar sus preguntas, sus dudas, su científica recititud.

¡Ven! Le decía el hada que flotaba con su vestido color de noche asperjada de estrellas. La voz del hada era dulce, melodiosa, sensual.

¡Ven! Haremos el amor apasionadamente, nos entrelazaremos y flotaremos hasta los límites del universo, flotaremos despacio hasta la eternidad.

El espíritu de Filiberto resiste, pero algo en él se transforma. Empieza a cambiar. Vira paulatinamente hacia el reino de la fantasía y encierra poco a

poco sus preguntas, sus dudas. Llegan más hadas y otros seres de la dimensión de los sueños. Juegan. Se divierten, flotan entrelazándose, se escuchan sus risas y susurros. ¿Qué dicen? Se interesa Filiberto, pero al punto termina la varita de incienso, se extingue, queda inerme en el soporte. Se esfuman en el aire las últimas volutas que se consumen y desaparecen paulatinamente.

Presuroso, enciende otra varillita y se dedica a observar más detenidamente las volutas que empiezan nuevamente a formarse y a danzar frente a sus curiosos ojos. Regresa el hada de las volutas y los demás seres. Danzan, se entrelazan y vuelve a escuchar las risas y susurros. Las nuevas volutas son más intensas, más móviles, parecen alas en fuga, las que usan los poetas para volar y robarle los secretos a las musas.

Filiberto, absorto por la maravilla que tenía frente a sus asombrados ojos, se deja hipnotizar por las sucesivas volutas y su misterioso movimiento. No pestañea para no perder ni un segundo la maravilla que ya no explica, que solamente contempla, que únicamente admira.

Luego siente una sensación extraña, tiene la impresión de que sale de su cuerpo, que flota lentamente. Se siente ligero, no siente limitación alguna. Se contorsiona igual que las volutas, y al igual que ellas y con ellas se entrelaza en un aquelarre infinito de lujuria y desenfado. Su espíritu es feliz. Ahora es parte de la fantasmagórica danza que empieza en el extremo incandescente de la varillita de incienso y asciende como una densa columna que a los pocos centímetros comienza a contorsionarse. Flota perezosamente por el ambiente, por el éter de los sueños.

No puede explicar esa sensación, ese sentimiento de libertad, la explosión de bienestar que lo inunda. Sin embargo, ya no explica, no le interesa. Solo se deja llevar por el caldo invisible en un ascenso lento pero continuo. Se contorsiona, se enlaza con las demás volutas, mientras ellas ríen y lo acarician con sus alas tan finas como el reflejo de la luz de una preciosa luna llena.

Ahí está Filiberto. Sube desde la hirviente punta de la varillita de bambú. Asciende feliz con los seres de traje color de noche estrellada y serena. Siente tal deleite que se le olvida quién es, qué es, de dónde viene, hacia dónde va, al punto que también le da igual cuestionarse quién era, qué era, de dónde venía o hacia dónde quería ir. Sigue ascendiendo hasta que desaparece junto con sus compañeras hacia la eternidad del éter de la noche, hacia el celaje variopinto del crepúsculo decembrino. Flota hacia el más allá.

Flota en la absoluta paz.

Flota...

A la mañana siguiente, la casera toca la puerta de la habitación de Filiberto, mas Filiberto no abre. Toca, ahora más insistente, pero Filiberto no sale. Abre con su llave maestra y observa a Filiberto sentado frente a la mesita de centro. De su boca se adivina un rictus que semeja una sonrisa. Sus ojos abiertos miran un punto que se pierde en la lejanía, al mismo tiempo reflejan paz, una envidiable paz que extraña la casera. Toma el teléfono para llamar, pero ¿a quién? Aparta la vista del cadáver, se acerca a la mesa y se la queda observando. Entonces busca un paño con el que, afanosa, limpia los minúsculos, ligeros y

frágiles cilindros de ceniza esparcidos en el sobre de la mesita y sobre el soporte que exhibe, como trofeo de guerra, el resto de la varillita de bambú. Observa nuevamente el cadáver, y mientras abre la puerta para salir de la habitación su nariz capta aún flotando en el ambiente el característico y embriagador aroma del incienso.